

MARIO BERMÚDEZ
ERES MI PASTOR
RELATO

MARIO BERMÚDEZ

ERES MI PASTOR

PREMIO ARCADAS 2010



AlcorQuid

www.alcorquid.com

Basado en el artículo

*El impacto del maltrato infantil y el abuso sexual en un
hombre
adulto puertorriqueño*

Axel Santos Figueroa, PhD.
Escuela de Medicina de Ponce, Puerto Rico.

Edwin B. Fernández Bauzó, Ph.D.
Colectivo Ideologías y Vivencias de los Géneros.

ERES MI PASTOR
MARIO BERMÚDEZ ©
PREMIO ARCADAS 2010

Tercera Edición
Bogotá, febrero de 2021

*Eres mi pastor; nada me faltará. En lugares de
delicados pastos me hará descansar; junto a
aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi
alma; me guiará por sendas de justicia por amor
de su nombre. Aunque ande en valle de sombra
de muerte, no temeré mal alguno, porque tú
estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundi-
rán aliento. Aderezas mesa delante de mí en
presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza
con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente
el bien y la misericordia me seguirán todos los
días de mi vida, y en la casa del Jehová moraré
por largos días.*

Este relato está inspirado en un caso de la vida real, tratado psicológicamente en un hombre que lo padeció en Puerto Rico.

Ahí está él, entre el ataúd, con el rostro fríamente apacible, embadurnado de un nocturnal sin velo. Solamente falta que el halo de la santidad lo circunde como una mansa paloma. Me parece ver que su alma da vueltas vertiginosas alrededor de su propio féretro. Atrás, envuelta entre un velo negro, está mi madre. Yo la observo pasmadamente, sin rencor alguno, pero con un dolor que rompe mi corazón. Mi madre tiene entre el regazo a Danie-lito, mi hijo. Se ve que ella ama al niño, pero yo no alcanzo a comprender qué tipo de amor es ese, el mismo que me duele como si yo tuviese alfileres candentes clavados en toda mi alma. He perdonado, cuánto he perdonado, porque el dolor y las afrentas, la humillación y la miseria

me obligan a perdonar. Y he perdonado con sinceridad, pero no puedo desear que mi padre, a pesar de su religiosidad, vaya al cielo, pues he terminado por no creer en el paraíso. Sí, hay dos circunstancias que uno puede tomar ante el vilipendio, volverse un creyente a ultranza, imaginado que en el cielo hay un dios bueno y justo o, la más acertada: cuestionarse por qué ese supuesto dios bueno y justo permite, precisamente, la injusticia y el atropello, y más en contra de un ser inocente e inerme. Así que uno termina con una apatía recalcitrante contra el supuesto Ser Supremo, el mismo que se complace para que sucedan estas cosas terribles. Estas disquisiciones, netamente humanas, se convierten en vórtices que terminan por devorarlo a uno. Pero yo sigo aquí, sentado enfrente del ataúd en donde está mi padre, enfrente de mi madre, que